

colombiano Carrasquilla, ofrecen al Rey oportunidad para llevar a cabo un acto de hidalguía en honor del sabio colombiano, como muestra de amor a Colombia y a la América Latina, glorificando al mismo tiempo a España, que se ha enaltecido transmitiendo a ese pueblo su gloria y su saber.

### SANTA TERESA EN «LAS MORADAS»

(Para la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO).

«El que se preocupa por saber la historia del hombre, dice George Eliot en su admirable prelude a *Middlemarch*, de ese sér misterioso y complejo, y de cómo procede en las diversas circunstancias del tiempo, no ha reflexionado ni siquiera brevemente, en la vida de santa Teresa. No ha sonreído con dulzura al ver sajar a la niña aventurera de la mano con su hermanito menor, en busca del martirio en la tierra de los moros. Marcha de Avila con el mirar inocente como un faro, pero con el corazón henchido del ideal nacional y no retrocede hasta que su tío los alcanza y la obliga a volver a su casa.»

Esa peregrinación infantil dio adecuado principio a la vida épica que exigía la naturaleza apasionada e idealista de Teresa.

Todos sabemos ya que encontró su epopeya en la reforma de su orden y examinando su obra maestra, *Las Moradas*, veremos cómo obtuvo la saciedad de sus anhelos en la mística.

La fuerza del amor hacia el ídolo hace que el místico busque la unión perfecta con el amado en la visión intuitiva.

Se ha dicho con frecuencia que el místico pierde su personalidad ante la explosión sublime del senti-

miento religioso, apartando de sí todo afecto terrestre. Al contrario, la exuberancia anhelosa de ese afecto no es más que la manifestación exacta de su propia naturaleza. Santa Teresa no fue un resultado de la mística, sino la mística fue un resultado de ella.

Natural de Castilla, de carácter suave y austero; de sentimientos tiernos y voluntad de hierro; de ideales altos y sentimientos prácticos de la vida, fue la española típica del siglo XVI. Tal personalidad había de producir algo sublime en cualquiera dirección que tomase.

Como autora su labor fue portentosa. En 1562 escribió el *Libro de su vida*, por obediencia. *Las Constituciones*, en 1564. De esta fecha a 1577 cuando se publican *Las Moradas*, de las cuales hablaremos en breve, se imprimieron nueve libros. Entre ellos *El camino de Perfección* y *Las Fundaciones* son de valor literario y manantiales de instrucción.

A la edad de setenta y dos años, después de sufrir persecuciones dentro y fuera de sus conventos, debilitada por enfermedades crónicas, se retira a Toledo en busca de descanso y de calma. Pero apenas llega, recibe orden eclesiástica de escribir un tratado sobre la oración.

Desalentada, perpleja, pero sumisa, concibe la idea de describir el alma tal como es con Dios en el centro, aunque el alma no se dé cuenta de ello.

Su plan es comparar el alma en gracia de Dios a un castillo de cristal con siete moradas. En la séptima que está en el centro, habita el rey del castillo con todo su esplendor, difundiendo luz por todas las moradas con mayor o menor intensidad según su distancia del centro.

Explica también qué el alma en pecado mortal pone, como si fuera un «pañó muy negro» sobre el cristal del castillo quedando ella en tinieblas para todo lo que es espiritual.

El ardor fervoroso que desde niña consumía a Teresa la había conducido de morada en morada hasta llegar al centro y ahora puede darnos su experiencia. Dice algo así:

El que reza entra en las primeras mansiones, pero como lo hace con poca reflexión y va acompañado de distracciones que ella llama «sabandijas» anda como desviado en las piezas bajas y no atina a encontrar la puerta, porque hay poca luz.

El que medita sobre su propia miseria y contrapone ésta a la belleza y perfección de Dios, pasa a las segundas moradas. Indudablemente obtendrá como fruto de estas reflexiones *humildad* que debe formar la base del edificio espiritual si ha de resistir la adversidad. Deseos de asemejarse al Ejemplar, que es todo caridad, es otra de las señas de su orientación. Aquí ya empieza a oír la voz del rey del castillo manifestada en instrucciones, lecturas, inspiraciones. Ya percibe los encantos de hacer bien con el fin de agradarle. El creciente amor la conduce a las terceras moradas.

Aquí el alma experimenta sequedad, desolación. ¡Oh, cuántas hay que se vuelven atrás! Pero la que es humilde, leal y resuelta no se desalienta. Sabe que merece toda clase de aflicción, que por sí sola no puede hacer nada bueno y que su condición debe ser la de esperar en silencio y confiar en Dios. Sólo así se puede llegar a las cuartas moradas.

En éstas se encuentran cosas bellas y delicadas porque se van acercando a las habitaciones del rey. Hay un ensanchamiento del corazón. *Cum dilatasti cor meum* (salmo 118). La escritora demuestra la diferencia que existe entre el gozo que se obtiene por medio de la meditación y el que se experimenta con el éxito de algún negocio que el mundo considera importante.

Para ascender a las otras moradas, «no hay que pensar mucho, sino amar mucho.» Aclara el significado con comparaciones ingenerosas. Una es la de dos fuentes con dos pilas que se hinchan de agua en diferentes maneras. La primera, por acueductos artificiales que representan las consideraciones de la meditación, penosas a veces, según el tema elegido, y que producen congojas, lágrimas. La segunda se llena con el agua que brota de su propio centro, que es Dios, trayendo paz, suavidad, quietud, nada de ruidos, sollozos, opresión. Esta agua se esparce por todas las potencias hasta llegar al cuerpo—por eso dijo: «Se comienza en Dios y se acaba en nosotros.»

Santa Teresa con mucha ternura anima al alma devota a seguir adelante.

En la quinta morada hay que andar con mucho cuidado para no ser engañada del enemigo que suele disfrazarse en ángel de luz. La oración de unión empieza aquí, y la autora la compara hábilmente con la fábrica de la seda. El gusano construye la casa en que ha de morir. Esta casa es Cristo.—«Nuestra vida es Cristo.»—Inculca lecciones muy prácticas de amor al prójimo, de mortificación, de obediencia, de cumplimiento con la voluntad de Dios.—«Obras, obras, y más obras,» dice.

En las sextas moradas se efectúa el *desposorio espiritual* y en las séptimas, el *matrimonio espiritual*. La santa distingue entre ambos: en el desposorio puede haber separación y la hay, lo mismo que dos velas encendidas que juntándose formen una sola llama pero que pueden separarse. En este estado el «alma padece trabajos interiores y exteriores.»

En el matrimonio espiritual no puede haber separación. El agua del cielo que cae en un río, se unifica con la de éste y no podrían jamás dividirse. Igual cosa sucedería si en un cuarto de dos ventanas la luz entrase

por ambas dividida, pero ya en el cuarto la luz es *una*, inseparable. Cuando el alma llega al centro del castillo se encuentra con Dios y se hace un espíritu con El. Por primera vez comprende la presencia habitual de la Beatísima Trinidad en ella.

Aquí muere la mariposa, pero con gran deleite, porque «su vida ya es Cristo,» como dijo san Pablo: el alma se olvida de sí misma, desea servir al Crucificado aunque para efectuarlo viva años sufriendo. Todo lo que pasa en estas moradas es puramente intelectual y tan sublime que la santa, en su humildad, teme que se crea que ella ha llegado a este punto culminante.

En el último capítulo del libro da consejos muy prácticos. Desea que se entienda que estos favores no los concede Dios sólo por regalar a las almas sino para fortalecerlas y disponerlas a imitarlo en sus sufrimientos. A san Pedro, cuando huía despavorido de la cárcel, se le «apareció Nuestro Señor y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez.» La debilidad humana se convirtió en valor y san Pedro voló hacia Roma resuelto a morir en la cruz.

Para regalar a Dios, Marta y María deben andar juntas—el trabajo y la oración.—Si el Señor declaró que María había escogido la mejor parte fue porque ya había desempeñado los deberes de Marta—le había lavado los pies en casa del fariseo, dejando a un lado todo respeto humano sin dejarse vencer por el «¿qué dirán?» «Sufrimientos, obras, humildad» son sus últimas palabras.

En todos sus escritos el estilo de la autora es castizo, sencillo, terso, sin influencias exóticas. A veces se notan frases y dichos que aprendió cuando viajaba para fundar sus conventos; alguna vena de humor refiriéndose a personas que aludía en sus cartas. Se perciben también otras influencias adquiridas por el contacto de las personas que la rodeaban. Pero en *Las Moradas* el

lenguaje, el tono y manejo del argumento superan al de sus otros libros. Ella misma dijo: «El platero que lo ha fabricado («el castillo interior») sabe más ahora de su arte.» Hay aún más. Fray Luis de León dice «La mística doctora escribía en lengua celestial más que en lengua castellana. No dudo que el Espíritu Santo habla en ella y que le regía la pluma y la mano.»

Tomando en consideración la calidad de sus obras y la gran personalidad de la autora es de esperar que su influencia se seguirá sintiendo y que infundirá en sus lectores sentimientos de amor personal, de admiración y reverencia.

SISTER MARIE DOLORES MARTINEZ

*College of saint Elisabeth, Convent  
Station, New Jersey (1).*

## ORACION PRONUNCIADA EN LA FIESTA DE LA BORDADITA

*Obsecro sollicitè observare unitatem  
spiritus in vinculo pacis.*

Os conjuro a que seais solícitos en  
conservar la unidad del espíritu en  
el vínculo de la paz.

(CARTA A LOS EFESIOS IV, 3).

Doce años hace que en ocasión tan solemne como ésta tuve el honor y la carga, harto ponderosa, de hablaros en esta misma cátedra ennoblecida por lo más eximio de nuestros ingenios desde los tiempos ya remotos en que predicaban aquí Masústegui o Caicedo y

(1) La autora de este artículo es natural de Nicaragua, hermana de la Caridad y profesora de lengua y literatura castellana. Tiene en preparación una obra sobre la novela de Fernán Caballero. Reciba la ilustre escritora nuestros agradecimientos por su valiosa colaboración.